

PLA BRUGAT, Dolores (coordinadora):

Pan, trabajo y bogar. El exilio republicano español en América Latina. México: Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Migración, Centro de Estudios Migratorios, Instituto Nacional de Antropología e Historia, DGE Ediciones, 2007.

Medio millón de españoles salieron al exilio cuando finalizó la guerra civil. Después de Francia, América Latina ocupó el segundo lugar en recepción de refugiados españoles. El notable impacto que tuvieron los refugiados en los países latinoamericanos no se debió a su número sino, de manera destacada, a que entre ellos se hallaban los hombres y mujeres más preparados de la vida española de las primeras décadas del siglo XX. El afán por el conocer las élites del conocimiento en el exilio ha impedido ver que, en buena medida, el exilio configura también una historia colectiva que obliga a preguntarse cuestiones tales como quiénes eran estos exiliados, cómo fueron los procesos de migración que protagonizaron y cómo se insertaron en los diversos países de asilo, aspecto este último que requiere necesariamente tener presentes las condiciones de los países receptores durante su llegada y estancia.

El libro coordinado por Dolores Pla *Pan, trabajo y bogar. El exilio republicano español en América Latina* viene a colmar esas lagunas reuniendo y analizando varios de los casos más significativos en el continente: México, República Dominicana, Chile, Argentina, Venezuela, Colombia y Puerto Rico. Este libro es bienvenido no sólo porque constituye un acercamiento conjunto al exilio en distintos países de América Latina sino también porque, al contrario de la mayoría de los estudios sobre el tema, centrados en general en el examen de un solo país, nos aproxima a la posibilidad del enfoque comparativo. La inexistencia hasta ahora de una compilación semejante hace que estemos ante

una obra novedosa y coherentemente estructurada, y aunque se echa en falta la presencia de dos casos de igual modo significativos —Uruguay y Cuba— el abanico es lo suficientemente amplio y rico como para invitar a la reflexión sobre el fenómeno continental y el contraste entre los diversos procesos.

El objetivo primordial de la obra —mostrar una visión panorámica del exilio en diversos países latinoamericanos que pudiera ser de interés tanto para lectores especializados como para los no conocedores— ha quedado, en nuestra opinión, sobradamente resuelto. Pero no sólo eso. Este panorama permite, además, apreciar las profundas diferencias entre los distintos países receptores, tanto en los contextos históricos en los que se insertó el exilio cuanto en los números y perfiles de los hombres y mujeres que se desplazaron tras el fin de la guerra.

Como compiladora de este libro, Dolores Pla lanzó una amplia red que permitió recoger casos y miradas diversas —aunque dispares—, sobre la llegada de los republicanos a América a partir de 1939 (aunque empezaron a llegar antes, el llamado «exilio masivo» comenzó en dicho año). Podemos señalar ciertos elementos significativos en los que los autores responden al guión propuesto: las circunstancias de la llegada y la recepción (en algunos casos fueron políticas de gobierno; en otros se realizaron pese a los gobiernos), las cifras y perfiles, la inserción (desigual en todos ellos, como desiguales fueron las circunstancias de llegada y las sociedades receptoras).

Un primer mecanismo de acogida lo proveyeron ciertos gobiernos. México y República Dominicana lo hicieron plenamente, mientras que el Frente Popular chileno abrió parcialmente sus puertas ante la abierta oposición de la derecha. Otro mecanismo se constituyó a partir del apoyo de grupos privados (las asociaciones de inmigrantes en Argentina o los académicos universitarios y artistas en Puerto

Rico). Un tercer tipo de acogida, bastante *sui generis*, proviene de la acción del gobierno conservador venezolano que firmó un acuerdo con el gobierno vasco en el exilio para acoger a exiliados de este origen. El acuerdo —activamente apoyado por la Compañía de Jesús— respondía a la idea de que, al fin y al cabo, los vascos eran católicos y tradicionalistas. Finalmente, un último mecanismo de llegada se realizó sin apoyos explícitos, como en Colombia, donde la escasa presencia del exilio se ciñó a los académicos y profesionales, así como a los vascos apoyados nuevamente por la Compañía de Jesús, o con el consentimiento tácito del presidente liberal, Eduardo Santos.

Por otro lado, un hecho notable, bien expresado en la obra, tiene que ver con la configuración política de los lugares de recepción. A excepción de México, Chile y Colombia, paradójicamente el resto de los países latinoamericanos estudiados se hallaban, en el momento de recepción de la diáspora republicana, bajo gobiernos dictatoriales o de derechas, cuyas simpatías se inclinaban sobre todo hacia el franquismo. Por lo anterior no fue generoso el apoyo prestado a los republicanos refugiados. Dentro de esta línea, la República Dominicana es un caso ejemplar. Presidida por el dictador Trujillo, el país recibió un amplio contingente —entre cuatro mil y cinco mil exiliados— por razones claramente alejadas de la supuesta solidaridad con la Segunda República y sus vicisitudes. En el artículo de Juan Alfonseca Giner de los Ríos se detallan las particularidades en este exilio y su complicada inserción en la sociedad dominicana. El autor sitúa en los prejuicios raciales y la aspiración de «blanquear» a la población, el principal móvil del régimen para aceptar la presencia de exiliados. Además, si bien Alfonseca establece una contraposición entre la recepción de Trujillo a los refugiados judíos y los exiliados españoles y aventura que dicha recepción fue mucho más generosa con los primeros (p. 180), omite, sin

embargo, que las organizaciones judías internacionales debieron financiar generosamente las arcas del gobierno dominicano para tal fin. La precaria situación de los exiliados españoles en la isla hizo que muy pronto comenzara una corriente de reemigración hacia otros países como México o Venezuela y que tan solo una década más tarde fueran muy pocos los que aún quedaban allí.

Por otro lado, aunque no sabemos con exactitud cuántos exiliados llegaron a Colombia (se baraja una cifra entre quinientas y seiscientas personas), la recepción y permanencia en el país de la mayoría de ellos se limitó esencialmente a la primera década. María Eugenia Martínez Gorroño nos explica que a partir de 1948 —cuando se desató la gran violencia de conservadores contra liberales— aproximadamente un 73 por ciento de los españoles reemigraron a otros países de América debido a la antipatía de los conservadores contra los republicanos (p. 490). En Venezuela el exilio se limitó a ciertos grupos geográficos. Según el autor, Juan José Martín Frechilla, al país llegaron unos cinco mil refugiados vascos y canarios que en su mayoría emigraron de España entre 1948 y 1952 (lo cual pone en duda hasta qué punto estos emigrantes eran exiliados). Entre 1939 a 1940 llegaron a Chile de tres mil a tres mil quinientos republicanos. La presencia de trabajadores manuales fue mayoritaria frente a los grupos intelectuales, artísticos y profesionales. Encarnación Lemus López muestra bien el proceso de integración económica y social del exilio que tuvo cierta significación dentro de la sociedad chilena.

El caso de México es excepcional en este panorama y en la presente obra ha sido sintetizado magistralmente por Dolores Pla. Se trata de un caso particularmente importante, como todos sabemos, y ella es sin duda quien mejor ha estudiado el exilio español en general hasta ahora. Con habitual cuidado, la autora pondera las cifras de llegada: alrededor de veinte mil

personas, niños y adultos, podrían haber llegado a México. Desde el comienzo de la guerra civil española, el presidente Cárdenas apoyó a la República en varios frentes: recursos materiales (armas, pertrechos, etc.); en el ámbito diplomático frente a la Liga de Naciones y, al concluir la guerra, desde Francia; finalmente, con el apoyo irrestricto a la entrada de exiliados a partir de 1939 (aunque ya en 1937 abrió las puertas a los niños de Morelia y en 1938 al goteo de intelectuales acogidos en la Casa de España). México era un país pobre y la llegada masiva de los exiliados así como en muchos casos su instalación en los primeros tiempos fueron posible gracias a la financiación de las organizaciones republicanas (SERE, JARE y otras como los Cuáqueros). Asimismo no deja de sorprender la duración del exilio en México, gracias a la estabilidad política creada por el régimen post-revolucionario y mientras duró la dictadura en España.

Para terminar, la desigualdad entre los textos, pese a los esfuerzos de Pla por proveerlos a todos de unos lineamientos comunes, se acentúa especialmente en el caso argentino, ya que el inesperado fallecimiento de la autora y la imposibilidad de reemplazo, obligaron a incluir dos artículos de ella ya publicados con anterioridad, que aportan cierta visión de la presencia del exilio español en Argentina, pero rompen claramente el esquema propuesto por la coordinadora. También el estudio relativo a Puerto Rico se aleja de dicho esquema en tanto la autora, Consuelo Naranjo Orovio, rastrea más bien las influencias intelectuales del hispanismo literario y la presencia de los científicos españoles en la Universidad puertorriqueña. Es especialmente interesante, en este sentido, su indagación acerca de las redes de comunicación establecidas entre España y la isla de forma previa al exilio, que explicarían parcialmente las rutas seguidas después por algunos de estos exiliados-intelectuales (p. 569 y ss.). Este

aspecto queda demostrado también en el caso de la recepción en Colombia.

Alicia Gil Lázaro